

Hay una circunstancia, cuya oportunidad, haciendo todavía mas maravilloso este vuelo apostólico, sirve para hacer mas visible el designio del supremo Juez. Cuando en 1830 el Gobierno francés estaba retirando á las misiones su apoyo y las limosnas, que siempre les habian acordado los reyes cristianísimos; cuando á consecuencia de esta medida se pensaba en cerrar el seminario de las Misiones extranjerías; hé aquí que una obra claramente providencial, una obra desconocida en los fastos de la Iglesia, una obra débil y oscura en su principio, toma de repente y contra todas las previsiones humanas, un aumento inexplicable. La Obra de la Propagacion de la Fé, que en 1830 apenas recogia algunos centenares de miles de francos, cuenta al presente por millones sus entradas. Gracias á este concurso maravilloso de los hombres y de la providencia, el sol de la verdad marcha rápidamente hácia el término de su carrera; y dentro de poco acabará de iluminar con sus divinos rayos á todos los países, que visita y fecunda el sol de la naturaleza. La llegada del Evangelio á las extremidades del mundo es el signo anunciado por Dios tanto del reino anticristiano, como de acercarse la consumacion de los tiempos; y este

signo es el espectáculo, consolante y terrible á la vez, que se presenta hoy á nuestra vista (1).

XXI

Hay un cuarto signo mucho mas alarmante y no menos significativo: *la apostasia general*. La predicacion del Evangelio en toda la tierra es la condicion preliminar de la ruina del mundo; pero la apostasia será su causa. Porque habiendo sido hechos para Jesucristo todos los siglos y todas las naciones; cuando ya no se cuente para nada con Jesucristo, habrá perdido el mundo la razon de su existencia.

(1) La duda de si hay quizás algunas naciones desconocidas hasta el presente, que no hayan entrado en el cristianismo; y que la predicacion del Evangelio no deba entenderse solo de una predicacion efímera, sino de una profesion pública de la Religion, no toca á la certitud del hecho que notamos; porque una cosa es la aparicion del reino anticristiano, y otra el que llegue este al apogeo de su poder. El primero de estos sucesos debe preceder

“Vivimos en un país en el que la libertad de imprenta pone el poder eclesiástico á la disposicion del primer Lutero que se presente y sepa manejar una pluma, ¡y temeremos á los Jesuitas!

“Vivimos en un siglo en que la incredulidad y el escepticismo desbordan por todas partes, ¡y temeremos á los Jesuitas!

“Apenas somos católicos mas que de nombre, católicos sin fé, sin práctica, ¡y se nos grita que vamos á caer bajo el yugo de las congregaciones ultramontanas!

“No; el peligro no está donde vuestras imagnaciones preocupadas le designan: calumnias al siglo con vuestras alarmas y pusilánimes clamores.

¿No han llegado hasta proclamar la muerte del catolicismo? ¿No están repitiendo cada dia y de todos modos: *Que el catolicismo ya está gastado; que está muerto; que ya no es sino un máquina; una forma añeja; que ya no hay Iglesia, ni fé sincera?* ¡Ay! y lo peor es que no es sino demasiado verdadero lo que dicen; la fé ya no ejerce su accion en una gran parte de los pueblos; no porque esté gastada, sino porque los pueblos, porque el mundo están gas-

tados para ella; porque principalmente cuando el hombre se hace una personificacion del orgullo, el espíritu de Dios se retira. (1) Así el sol no tiene accion sobre los ojos del ciego, no porque cesado de ser el foco de la luz, sino por haber perdido el ciego el sentido destinado á recibirla. Esta ceguera y parálisis moral, obra suya es, y todavia se jactan de ella: ¡desgraciados! han asesinado el alma humana, y léjos de temblar, triunfan!

Ahora paraos á escuchar las voces católicas, las voces sacerdotales y oiréis que de todas partes se levanta un prolongado gemido, y este grito de alarma: Se va la fé; el racionalismo siega, y nosotros rebuscamos. Bástenos escuchar la voz del Soberano Pontífice, que, puesto en las alturas de la ciudad eterna, abarca con su mirada toda la extension de la Iglesia; su palabra es mil veces mas triste que la nuestra, y el cuadro que nos presenta la Religion en el mundo presente es mil veces mas sombrío que el nuestro.

Dirigiéndose á los patriarcas, á los primados, á los arzobispos y obispos de toda la tierra:

(1) Non permanebit Spiritus meus in homine quia caro est, Gen. vi, 3.

"Con un corazon penetrado de la mas profunda
 "tristeza, les dice, nos dirijimos á vosotros,
 "cuyo gelo por la Religion nos es bien conoci-
 "do, y que sabemos estais sufriendo mortales
 "alarmas por los peligros que la rodean. Con
 "verdad podemos decir, que esta es la hora del
 "poder de las tinieblas para zarandear como
 "trigo los hijos de eleccion (1). *Si, está cu-*
bierta de luto la tierra; y perece por estar in-
ficionada por la corrupcion de sus moradores:
porque traspasaron las leyes, han cambiado
las órdenes del Señor, y hecho pedazos la
alianza sempiterna (2).

"Os hablamos, venerables hermanos, de lo
 "que estais viendo con vuestros ojos, y de lo
 "que juntos estamos llorando y gimiendo; so-
 "bre el triunfo de una perversidad sin freno,
 "de una ciencia sin pudor, y una licencia ili-
 "mitada. Son despreciadas las cosas santas,
 "y la majestad del culto divino, que es tan
 "necesaria y tiene tanto poder, es vitupe-
 "rada, profanada y ridiculizada por unos hom-
 "bres perversos. De ahí proviene no solo
 "la corrupcion de la sana doctrina, sino tam-

(1) Luc. xxii, 53.

(2) Isaiae, xxiv, 5.

"bien la propagacion de toda clase de errores;
 "y que ni las leyes santas, ni la justicia, ni las
 "máximas y reglas mas respetables estén al
 "abrigo de los tiros de estas lenguas de iniqui-
 "dad. Esta Cátedra del bienaventurado san
 "Pedro, en que nos hallamos sentados, y sobre
 "la que ha puesto Jesucristo el fundamento de
 "su Iglesia, se halla violentamente agitada y
 "se debilitan de cada dia los lazos de la unidad.
 "Se ve atacada la divina autoridad de la Igle-
 "sia y sus derechos están aniquilados; se en-
 "cuentra sometido á consideraciones terrenas,
 "y entregada por una solemne injusticia al odio
 "de los pueblos, *está reducida á una servidum-*
bre vergonzosa.

"La obediencia que se debe á los obispos
 "es infringida, y son conculcados sus derechos.
 "Las academias y los gimnasios resuenan hor-
 "ribilmente con nuevas y monstruosas doctrinas,
 "que ya no minan en secreto y con rodeos la fé,
 "sino que le hacen una guerra pública y crimi-
 "nal. Los desastres de la Religion y la horri-
 "ble perversion de las costumbres, han venido
 "de la corrupcion de la juventud por medio de
 "las máximas y ejemplos de sus maestros. De
 "aquí es que, como se ha sacudido el freno de

“la Religion, que es la sola que hace subsistir los reinos, y de la que saca toda su fuerza y sanciona la autoridad, estamos viendo la ruina del órden público, la caída de los tronos, y el trastorno de todo poder legítimo. Estos males, venerables hermanos, y muchos otros, *“quizás mas graves todavía,* que seria demasiado largo el contarlos hoy, y de los que estais completamente enterados, nos llenan de un profundo y continuo dolor (1). . . .”

En otra ocasion mas reciente, para caracterizar los males actuales de la Iglesia, se vale el Vicario de Jesucristo de las mismas expresiones, con que segun los intérpretes, designa san Juan los últimos ataques contra la Iglesia. “Entre las mayores y mas crueles calamidades de la Religion católica, dice el Pontífice, que arrancan nuestros gemidos en estos tiempos de turbulencias y tempestades, la principal, sin contradiccion, es la multitud de libros pestilenciales, que á la manera de las langostas *“que salieron del pozo del abismo,* inundan casi

[1] Haec et alia complura, et fortassis etiam graviora, quae in praesens percensere longum esset, ac vos probe nostis, in dolore esse nos inbent, acerbo sane ac diuturno, *Eneycliq.* Mirari vos, etc, 1832.

“enteramente la viña del Señor para devastarla, y que son como la copa llena de abominaciones, que vió san Juan en las manos de la gran prostituta, dando á beber todas las ponzoñas á los que arriman á ella sus labios (1). En otra parte vuelve el gefe de la Iglesia á esta espantosa palabra, y en propios términos nos dice: “Podemos decir con toda verdad que *“está abierto el pozo del abismo,* aquel pozo de que vió salir san Juan un humo que oscureció el sol, y unas langostas que asolaron la tierra (2).”

Cuando se reflexiona que el Soberano Pontífice goza de luces especiales y de la asistencia divina; cuando se sabe el cuidado extraordinario con que son pesadas todas las palabras de sus alocuciones solemnes, no es posible ver en estas expresiones un efecto de la casualidad,

[1] Breve del 5 de agosto de 1843, que condena la obra titulada. *Lettres sur la direction des études,* publicada bajo el nombre de Francisco Forti, en Ginebra, año de 1843.

[2] Vere apertum [dicimus puteum] abyssi, é que vidit Ioannes ascendere fumum, que obscuratus est sol, locustis ex eo prodeuntibus in vastitatem terrae. *Bull.* Mirari vos.

ni un espíritu naturalmente melancólico. Esta segunda suposición no solo sería gratuita, sino enteramente contraria al carácter bien conocido del augusto y santo anciano.

Además, no es menos triste ni alarmante la palabra apostólica en la boca de los últimos Papas, como lo prueba la célebre bula del inmortal Pio VII contra los *carbonarios*. "Lo que sucedía, dice el Pontífice de santa memoria, en los tiempos antiguos, se renueva todavía, y particularmente en la deplorable época en que vivimos, época que parece ser aquellos últimos tiempos, tantas veces anunciados por los Apóstoles, en que vendrán unos impostores que irán de impiedades en impiedades, siguiendo sus deseos: todo el mundo sabe cuán prodigioso es el número de hombres perversos, que en estos tiempos difíciles se han ligado contra el Señor y contra su Cristo, y están moviendo todos los resortes para engañar á los fieles con las sutilezas de una falsa y vana filosofía, y para arrancarles del seno de la Iglesia con la loca esperanza de arruinar y echar por tierra esta misma Iglesia (1)."

[1] Bull. *Ecclesiam á Jesu Christo*, de fecha 13 de setiembre de 1821.

Así es como hablan los Videntes de Israel. Por mas que el mundo incrédulo alee los hombres, su obstinacion no tiene nada de extraordinario; pero el hombre reflexivo no podrá menos de hallar un grave sugeto de serias meditaciones en estas imponentes palabras, en las que halla el cristiano un aviso saludable, y el anuncio espantoso de un porvenir que parece no es ya dudoso.

XXII.

El discurso, la experiencia, la tradición, los datos de la fé, y las tendencias generales del espíritu humano, parece están todos de acuerdo de tres siglos á esta parte para inspirarnos justas alarmas, dejándonos adivinar la solución del enigma formidable. Pero dejando todas estas razones aparte, el espectáculo del mundo actual ofrece un motivo particular, que basta por

Por esto, dice san Pablo, no llegará el día grande, á menos que venga antes la apostasia. (1) Y los Padres de la Iglesia y los Intérpretes de la sagrada Escritura prosiguen unánimemente que llegará cuando la mayor parte de las naciones se separarán del imperio romano y de la Iglesia; (2) y que se habrá debilitado la fé de un modo

al segundo; pero ¿cuánto? no podemos decirlo con certeza. Puede suceder, pues y aun parece cierto que varios pueblos, trabajadores de la hora undécima, no se convertirán, ó no tomará entre ellos el Evangelio una existencia pública sino cerca la última época, como por ejemplo los judíos, que deberán su retorno á la predicacion de Elías y Enoch, antagonistas del Antecristo, y que no entrarán en la Iglesia, sino despues de todas las naciones: "Cae-
"citas ex parte contigit in Israel. donec plenitudo
"gentium intraret, et sic omnis Israel salvus fiet." *Rom. xi, 25, 26.*

(1) Non moveamini, . neque terreamini . . . quia si instet dies Domini. . . quoniam nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, quid adversatur, et extollitur supra omne quod dicitur Deus. *II Thess. ii, 2, 3, 4.*

(2) Defectio et rebellio qua quis deficit á suo principe, illique rebellat, scilicet illa insignis, plena et generalis, qua scilicet pleraeque, et passim omnes gentes discedent et deficient tum a Romano

particular, conforme á esta palabra del Salaydor *Cuando vendrá el Hijo del Hombre ¿crees que hallará todavía fé en la tierra.* (1) No quiere decir esto que se haya enteramente extinguido en todas partes; sino que el número de los que, de un polo al otro, la conservarán viva y animada por la caridad, debe ser mas pequeño que nunca comparado con la multitud de los malos é infieles. (2)

De aquí es, que cuando en el orden político veremos enteramente destruido el san-

imperio, ut explicant Ambros. Primasius et Tullius, & &; tum consequentur a Romano Pontifice et Ecclesia, ut Anselm.; tum denique a fide et a Christo. *Cornel. á Lapide. in II Thess. ii, 3.*

Discessio scilicet populorum a suis principibus, et praesertim a Romano imperio et a Pontifice Romano. *Mench. in id.*

(1) *Luc. xviii, 8.*

2 *Inveniet fidem perfectam?* puta, certa fiducia et caritate formatam. Porro id maxime fiet sub finem mundi, ante adventum Christi ad iudicium, cum edent et bibent homines, dabuntque se voluptatibus non cogitantes de iudicio. Cum Christus apparuerit, inquit Beda, magna erit raritas electorum, imo tum fides orthodoxa in multis deficient. *Corn. á Lap. in Luc. xviii, 8.*

to imperio romano; (1) cuando veremos las naciones levantarse contra sus reyes, no tanto por efecto de la perversidad natural al hombre, como porque negarán el origen divino del poder, y proclamarán como principio el dogma impío de la soberanía popular; cuando en el orden religioso veremos levantarse contra la autoridad de la Iglesia, admitiendo como principio la independencia absoluta de la razón en materia de creencias religiosas; cuando veremos reinar generalmente esas teorías de orgullo, que con respecto á la autoridad real se resuelven en el derecho de rebelión, y con respecto á la Iglesia en el derecho de ser incrédulos para confundirse en una completa rebelión contra Jesucristo, principio del poder religioso y del poder político: en una palabra, cuando el hombre, divinizándose á sí mismo, se habrá puesto en lugar de Dios, podremos decir con toda seguridad que se acerca el reino anticristiano. Y no es á eso á

1 Es menester no olvidar que el imperio romano, que después de Carlo Magno, se hizo el *santo imperio Romano*, era mirado por los cristianos como el signo visible del poder temporal de Nuestro Señor Jesucristo.

que se encamina el mundo de tres siglos á esta parte con una rapidez que siempre aumenta? ¿Y no tubo razon el Ángel del juicio para anunciar como inminente el principio del fin? Registremos de nuevo la historia.

Apenas acaba de pasar el Taumaturgo, retumban todavía en la Europa toda los ecos de la trompeta fatal, y ¡ya! la apostasia, esta bestia voraz, sale del infierno, y hace estragos casi tan rápidos como lo son los progresos del Evangelio. Esta apostasia, según hemos visto que lo entiende los Padres y los Intérpretes, consiste á un tiempo en la separación que debe verificarse entre los pueblos y el imperio romano, entre los pueblos y sus reyes, y entre los pueblos y el Soberano Pontífice, y por consiguiente entre el mundo y el cristianismo. (1)

Separación de los pueblos y del imperio romano. Aun no habia pasado medio siglo después de la muerte del Santo, y el Oriente,

1 *Discessio* scilicet populorum a suis principibus et praesertim a Romano imperio et a Pontífice Romano. *Mench in II Thess.* 11, 3; tum denique a fide et a Christo. *Cornel ad Lapid* in *ibid.*

cayendo á los golpes de Mahomet II, acabó de separarse del imperio de los Césares. El Occidente se mantenía unido al árbol antiguo, mas pronto los principios de independencia, sembrados en el siglo XVI, producen tempestades, que agitan con violencia el segundo ramo del imperio romano, y acaba por romperlo. Al presente hasta el mismo árbol queda arrancado del suelo, y hace ya treinta años que no queda de él ningun vestigio. ¿No parece bien manifiesta la apostasia en este primer sentido?

Separacion entre los pueblos y sus reyes. Suplicamos á los lectores que se acuerden de lo que hemos dicho mas arriba sobre las relaciones que existen al presente entre los pueblos y los reyes de toda la Europa; que se dignen calcular de nuevo los regicidios y las revoluciones que se han llevado á efecto ó intentado de tres siglos á esta parte; que estudien á fondo la posicion respectiva de los pueblos y de sus soberanos; y sobretudo que hagan atencion al espíritu de independencia y de rebelion, sentado como principio en la doctrina de la soberanía popular, y traducido por fin por esta máxima increíble: *Los reyes*

reinan y no gobiernan; y que se nos diga si todo esto es la union de los reyes y de los pueblos, ó si no es mas bien la separacion mas profunda y mas cierta que haya visto el mundo desde la predicacion del Evangelio? Separacion de los espíritus y de los corazones, que no es otra cosa que la apostasia ó la aniquilacion de las verdaderas relaciones de respeto, de confianza, de afeccion y de sacrificio, que habia establecido el cristianismo entre los reyes y los pueblos. Si esta apostasia no es todavía completa, ¿no es evidente á lo menos que el espíritu general marcha á ella con rápidos de tres siglos á esta parte?

Separacion entre los pueblos y el Soberano Pontifice. ¡Gran Dios! que espectáculo presenta la Europa de nuestros dias! ¡qué diferencia entre lo que era en el siglo XV, y lo que es en el XIX! Como estaba predicho, cayó una estrella del firmamento, y se abrió el pozo del abismo, y salió del un humo espeso, que se interpuso entre el cielo y la tierra. (1)

1 Et vidi stellam de caelo cecidisse in terram. et ageruit puteum abyssi; et ascendit fumus putei, sicut fumus fornacis magnae: et obscuratus est sol et per fumo putei. Apoc. ix, 1, 2.

A la voz de Lutero la Alemania, la Suecia, la Dinamarca, la Prusia, la Inglaterra, una parte de la Suiza y de la Francia, se presipitaron á alistarse bajo los estandartes de la rebelion. Para estos pueblos apóstatas, Roma es Babilonia, el Papa es la odiosa personificacion del horror; y sus mas sagrados principios son, independenciam absoluta de la razon humana en materia de religion, y proscripcion completa de la autoridad de la Iglesia. Por lo que toca á las otras naciones, el representante de Jesucristo ya no es sino un soberano extranjero y sospechoso, cuyos pasos infunden recelos, y cuyas palabras no deben llegar mas á la oreja de sus hijos, sino después de haber sido examinados por los príncipes, y recibido el *pase* de los ministros de estos: poco mas ó menos como se hace con las cartas que vienen de países infestados de la peste, que no se las permite entrar en los países extranjeros sin haberlas empapado antes en vinagre. ¡Tanto es lo que se recela de la influencia romana! tanto es lo que se teme la autoridad del Vicario de Jesucristo!

Los ojos menos perspicaces descubren

con evidencia que los Gobiernos *católicos* ya no tratan al Papa como Papa, como á padre comun de los reyes y de las naciones, y como organo de la fé social; sino simplemente como príncipe temporal. De mucho tiempo á esta parte las comunicaciones diplomáticas han reemplazado las relaciones filiales. Y ¿cómo podrá ser de otro modo? ¿no han por ventura roto los Gobiernos su union *espiritual* con la Santa Sede, esta union tan antigua, fundada en la comunión de una misma fé? Admitir, como hacen muchos, la igualdad de todos los cultos, ¿no es por ventura decir: A nuestro modo! ver, todas las religiones son igualmente buenas, igualmente verdaderas, igualmente dignas de ser protegidas y estimuladas? Y esto ¿no es decir: El cristianismo ya no es nuestra fé? Así es como en el orden religioso, los Gobiernos, ó si quereis, las naciones representadas por sus Gobiernos, creen tan poco en Jesucristo como principio exclusivo de la verdad, como en el orden político no le creen como principio exclusivo de la

autoridad (1). Es, pues, clara la defeccion y la postasia, supuesto que hay anticristianismo.

Separacion del mundo y del cristianismo. Si los hechos aducidos hasta el presente no son bastantes para dejar sentada esta lamentable verdad, abarquemos de una sola mirada la Europa, que se ha mantenido católica: desde el Norte al Mediodia veremos humillado y perseguido al cristianismo. Examinad las grandes naciones, la Francia, la España, el Portugal, el Austria, y aun la Italia; en todas partes veréis como la apostasia multiplica sus estragos, unas veces moderando sus furores, otras encubriendo sus proyectos para derramarse con mas seguridad bajo los nombres de tolerancia, de indiferencia, de libertad de conciencia, de libertad de cultos, de libertad de la imprenta; arrojando en el seno de los pueblos millones de libros irreligiosos, en los que se ve marchar de frente la novedad en las doctrinas, la co-

1 Tégense presente todo lo que en estos últimos tiempos se ha escrito contra el derecho divino, contra la consagracion, y contra los reyes por la gracia de Dios.

rrupcion de la fé, y la rebelion contra la autoridad de la Iglesia; y habiendo ya pervertido el espíritu público hasta el punto de hacer resonar en las escuelas y academias católicas, los elogios de Lutero, de Voltaire, y de los mas declarados enemigos del cristianismo; y son aplaudidos tales elogios!...

Escúchese la voz de los sectarios, la voz de los filósofos, la voz de todos los que forman la opinion tanto en las cátedras, como en las tribunas legislativas; léanse los innumerables periódicos tanto franceses como extranjeros; estudiense las maximas, que se hallan mas generalmente esparcidas y acreditadas, y se hallara en todas partes el naturalismo, la negacion del mundo sobrenatural, la negacion de los milagros, y hasta la negacion del Evangelio y de los hechos históricos del Antiguo y del Nuevo Testamento, sentados en el trono del espíritu público; se verá en todas partes mas debilitada que nunca la fé, y como van cayendo mas que nunca en desuso las prácticas del cristianismo; y veráse en su lugar, hasta en los espíritus menos hostiles, una marcada tendencia, ó unos constantes esfuerzos por sustituir á la revelacion una pretendida *religiosidad*: sentimiento

vago, religion pura, racionista, sin misterios ni practicas, para conservar el nombre y el fantasma de una religion, que engaña y seduce; pero que no ilumina ni salva. Y no nos contentemos con mirarlo una sola vez; examinémoslo con madurez, leamos, preguntemos, escuchemos lo que se dice, y lo que pasa en el mundo, y pronto se habrá adquirido la triste conviccion de que la fé está sin vida para lo sucesivo, hasta en el corazon de un grandísimo número de católicos. Verémos que los actos religiosos que son su manifestacion, se cumplen incompletamente y las mas veces sin piedad; hallarémos una multitud de seres racionales que han despedazado su símbolo, ó que han perdido su creencia, por mas que conserven el nombre y el exterior del catolicismo.

Adelantemos todavía mas: recorramos unas tras otras todas nuestras ciudades, y apenas llegaremos á contar en cada una *algunas familias*, cuyos miembros sean todos católicos de creencia y de conducta. Es raro, rarísimo el no encontrar dos banderas en cada familia. Y ¿qué significa todo esto, sino que hay en el mismo seno del catolicismo la mas lamentable apostasia?

Y ¿qué es la mas lamentable apostasia en el

seno del catolicismo, sino el principio visible, del reino anticristiano?

Y que nadie se figure que este sea un cuadro que nos forjamos, porque tanto los amigos como los enemigos nos hacen el mismo retrato del estado actual de la Religion. Por ventura no nos piden los impíos todas las mañanas en sus periódicos, en sus discursos, y en sus libros: ¿Dónde está vuestro Dios? ¿No nos echan en cara lo poco que somos? ¿no están formando cálculos que desolan? ¿no se burlan de los que les hablan del poder y de la multitud de los católicos? Si alguno de entre ellos, para provocar el odio y la opresion del catolicismo, está gritando hipócritamente contra las usurpaciones de los sacerdotes, á quienes llaman jesuitas, es menester escuchar la insultante mofa con que les tranquilizan sus cofrades. “¡De veras, dicen, se temen hoy seriamente las usurpaciones del poder espiritual, y el retorno de la dominacion eclesiástica! ¡Qué! ¿no somos los discípulos del siglo que engendró Voltaire, tememos á los Jesuitas?

“Somos los herederos de una revolucion que quebrantó la dominacion política y civil del clero, y temerémos á los Jesuitas!

¿A DONDEA VAMOS APARAR? 19.